



Convenio y Conversación

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

BASADO EN LAS ENSEÑANZAS Y ESCRITOS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Con agradecimiento a la Familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado a la memoria de Harry (Jaim) Schimmel. "He amado la Torá del Rabino Jaim Schimmel desde que la encontré por primera vez. No solo busca tratar acerca de las verdades superficiales, sino también en su conexión con una verdad más profunda que yace bajo la superficie. Junto a Ana, su notable esposa por 60 años, han construido una vida dedicada a amar a la familia, la comunidad y la Torá. Una pareja extraordinaria que me ha conmovido más allá de toda medida con el ejemplo de sus vidas." – Rabino Sacks

Shemot

Traductor: Carlos Betesh
Editor: Abraham Maravankin

¿Quién soy yo?

La segunda pregunta que le hizo Moshé a Dios frente a la zarza ardiente fue: ¿quién eres?. Esta es la forma en que se dirige a Dios:

“Así me dirigiré a los israelitas y les diré ‘El Dios de vuestros padres me envió a vosotros.’ De inmediato me preguntarán cuál es Su nombre. ¿Qué les debo decir?” (Ex. 3:13).

La respuesta de Dios, *Ehyé asher ehyé*, erróneamente traducida en casi todas las biblias cristianas como “Soy el que Soy”, merece un ensayo por sí mismo.¹

Pero su primera pregunta fue ¿*mi anoji?* “¿Quién soy yo?”

“¿Quién soy yo para enfrentar al Faraón?” le dijo Moshé a Dios. “¿Y qué

posibilidad tendré de sacar a los judíos de Egipto?” (Éx. 3:11)

En principio el sentido está claro. Pero Moshé está preguntando dos cosas. La primera: ¿quién soy yo para merecer tamaña misión? La segunda: ¿cómo podré hacer para tener éxito?

Dios contesta la segunda. “Porque Yo estaré contigo.” Tendrás éxito porque no te estoy pidiendo que lo hagas solo. En realidad, no te estoy pidiendo nada. Yo lo estaré haciendo por ti. Quiero que seas Mi representante, Mi vocero, Mi emisario, Mi voz.

Dios nunca contestó la primera pregunta. Quizás de cierta manera Moshé se la contestó a sí mismo. En todo el Tanaj los personajes que resultan ser los más dignos son los que niegan su propio valor. Cuando le fue encargada la misión al profeta Isaías, dijo: ‘Soy hombre de labios impuros’ (Is. 6:5). Jeremías dijo ‘No puedo hablar, soy un niño’ (Jer. 1:6). David, el rey más grande de Israel,

¹ El tema fue desarrollado en mis libros *Future Tense* (Tiempo futuro) y *The Great Partnership* (La gran sociedad)

repitió las palabras de Moshé, ‘¿Quién soy yo?’ (2 Sam. 7:18). Jonás, cuando Dios le encargó su misión, trató de huir. Según Rashbam, Yaakov también estaba por escapar cuando se encontró con el hombre/ángel que le impidió el paso, y con quien luchó toda la noche (Rashbam a Gen. 32:23).

Los héroes bíblicos no son figuras míticas como las de los griegos o de otras culturas. No son hombres poseídos por un sentido del destino, predeterminados desde temprana edad a lograr la fama. No tienen lo que los griegos llamaron *megalopsiquis*, un sentido propio de su valor personal, una superioridad conducida livianamente y con gracia. No estudiaron en Eton ni en Oxford. No nacieron para gobernar. Eran personas que dudaban de sus propias cualidades. Tuvieron momentos en que quisieron abandonar todo. Moshé, Elías, Jeremías y Jonás llegaron a tal punto de desesperación que desearon intensamente morir. Resultaron héroes de la vida moral en contra de su voluntad. Hay trabajo para hacer – les dijo Dios – y lo hicieron. Es casi como si una señal de pequeñez, fuera indicador de grandeza. O sea que Dios nunca contestó la pregunta de Moshé, “¿Por qué yo?” pero la respuesta se reveló a sí misma con el paso del tiempo.

Pero hay otra pregunta dentro de esa pregunta. “¿Quién soy yo?” puede no solamente referirse al valor. También puede tener que ver con la identidad. Moshé, solo en el monte, convocado por Dios para liderar a los judíos para salir de Egipto, no está hablando con Dios cuando enuncia la pregunta. También está hablando consigo mismo. “¿Quién soy yo?”

Hay dos respuestas posibles. La primera: Moshé era un príncipe egipcio. En su infancia

fue adoptado por la hija del Faraón. Creció en el palacio real. Vestía como egipcio, lucía y hablaba como egipcio. Cuando rescató a las hijas de Itró del acoso de unos pastores violentos, ellas volvieron y le dijeron al padre: “Un egipcio nos salvó” (Éx. 2:19). Su propio nombre, Moshé, le fue dado por la hija del Faraón (Éx. 2:10). Se supone que Moshé era un nombre egipcio (de hecho, Moisés, como en Ramsés, es una palabra egipcia antigua que significa “niño”. La etimología que aparece en la Torá es “lo saqué del agua”, y da una idea de lo que significó ese nombre para los que hablaban hebreo). Por lo tanto, la primera respuesta es que Moshé era un príncipe egipcio.

La segunda respuesta fue que era un midianita, ya que aunque por su crianza fue egipcio, tuvo que huir forzosamente. Construyó su hogar en Midian, se casó con una midianita, Tzipora, la hija de un sacerdote midianita y “estaba feliz” de vivir allí, tranquilamente, como pastor. Tendemos a olvidar que pasó muchos años en ese lugar. Era joven cuando salió de Egipto y ya tenía ochenta años cuando inició la misión y se paró frente al Faraón (Éx. 7:7). Debió haber pasado la mayor parte de su vida de adulto en Midian, lejos de los israelitas por un lado y de los egipcios por el otro. Moshé era un midianita.

Por lo tanto, cuando Moshé pregunta “¿Quién soy yo?”, no es porque se siente disminuido. Siente que no está involucrado, que es una trea que no le corresponde. Puede haber sido judío de nacimiento, pero no había sufrido el destino de su pueblo. No había crecido como judío. No había vivido entre judíos. Tenía buenos motivos para dudar de que los israelitas lo reconocieran como uno de ellos. Entonces, ¿cómo podía transformarse en su líder? O más profundamente, ¿cómo podía siquiera

pensar en ser su líder? El destino del pueblo no era el de él. No era parte del pueblo. No era su responsabilidad. Él no sufrió por ello. Él no estaba implicado.

Aun más, la vez que quiso intervenir en sus asuntos – mató a un capataz egipcio que había matado a un esclavo judío, y al día siguiente quiso impedir una pelea entre israelitas – su intervención no fue bienvenida. “¿Quién te nombró autoridad para juzgarnos a nosotros?” le dijeron. Esas son las primeras palabras registradas de un israelita a Moshé. No había soñado aún con ser el conductor y su liderazgo ya estaba siendo cuestionado.

Veamos ahora las opciones que tenía Moshé en su vida. Por un lado podía haber vivido como príncipe en Egipto, con lujos y placeres. Ese podría haber sido su destino si no hubiera intervenido. Aún así, después de su huída forzada, podría haber vivido plácidamente como pastor con la familia midianita a la que se había incorporado por casamiento. Por lo tanto, no debe sorprender que cuando fue convocado por Dios para liberar a los israelitas, se resistiera.

Entonces, ¿por qué accedió? ¿Cómo supo Dios que era el hombre indicado para la tarea? Un dato lo proporciona el nombre que le dio a su primer hijo, Gershom, porque, según dijo, “Yo soy un extranjero en tierra ajena” (Éx. 2:22). No se sentía a gusto en Midian. Ese era el lugar en el que él estaba pero no lo que él era.

Pero la verdadera clave está en un versículo anterior, el preludeo a su primera intervención. “Cuando Moshé creció, comenzó a acercarse a su propio pueblo, y vio lo duro de su labor” (Éx. 2:11).

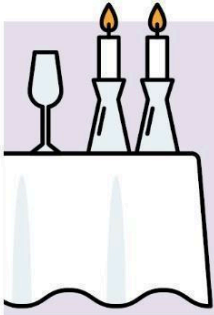
Esta gente era su gente. Podría parecer egipcio, pero en su interior sabía que no lo era. Fue un momento de transformación, no demasiado distinto al de Ruth la moabita cuando le dijo a su suegra israelita Naomi, “Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi Dios” (Ruth 1:16). Ruth no era judía de nacimiento. Moshé no fue criado como judío. Pero ambos sabían que una vez que vieran el sufrimiento se identificarían con los que sufren, y no podrían darles la espalda.

El Rabino Yosef Soloveitchik llamó a esto un pacto de destino, *brit goral*. Hasta el día de hoy yace en el corazón de la identidad judía. Hay judíos creyentes y judíos no creyentes. Hay judíos practicantes y judíos que no lo son. Pero hay pocos judíos que, enfrentados con el sufrimiento de su pueblo, pueden alejarse diciendo ‘esto no tiene nada que ver conmigo’.

Maimónides, quién lo definió como “separarse de la comunidad” (*poresh midarjei ha-tsibur*, Hiljot Teshuvá 3:11), sostiene que es uno de los pecados por los cuales el trasgresor no tendrá un lugar en el mundo por venir. Esto recuerda el texto de la Hagadá cuando dice que el niño malvado “se excluye de la comunidad, niega el principio fundamental de la fe.” ¿Cuál es el principio fundamental de la fe? La fe en el destino colectivo del pueblo judío.

¿Quién soy yo? preguntó Moshé, pero en su corazón tenía la respuesta. Yo no soy Moshé el egipcio, ni Moshé el midianita. Cuando veo que mi pueblo sufre, yo soy Moshé el judío, y no puedo ser otra cosa. Y si eso impone responsabilidades sobre mí, y las debo afrontar. Porque yo soy el que soy porque mi pueblo es lo que es.

Esa es la identidad judía, entonces y ahora.



PREGUNTAS PARA LA MESA DE SHABAT

Al reflexionar acerca de las dudas de Moshé acerca de sí mismo, ¿crees que hay una línea delgada entre humildad y auto-disminución que distingue a un líder fuerte de uno débil?

¿Cómo crees que Moshé la experiencia de Moshé de ser un "extranjero" influyó en la forma en que lideró a los Bnei Israel?

¿En qué forma el concepto de un "pacto de destino" aplica a otras figuras del Tanaj, como Ruth o Ester?